

Jesús Aguirre hojea el prólogo que escribe a la obra de Karlh Kraus. El Duque de alba es hombre que escribe mucho y publica poco.

## Conversación con Jesús Aguirre, Duque de Alba

# UN DUQUE CON GRAN GOETHE

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

**E**l ducado de Alba fue siempre un título importante, incluso antes de que lo llevara don Jesús Aguirre. Don Jesús Aguirre es un personaje importante, incluso antes de ser duque de Alba. Fundidos ahora duque y personaje, parecen hechos el uno para el otro.

Porque si la vida —según señalaba Dilthey, filósofo que no perteneció a la Escuela de Frankfurt pero que tampoco está mal— es un entrecruzamiento de azar, destino y carácter, en la vida de Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate, el azar hipostasió destino y carácter.

Esta entrevista (que ha salido un poco larga y ustedes perdonen) es el resultado de varias sesiones matinales en el Palacio de Liria. El despacho o

gabinete de Jesús Aguirre está en una habitación de la primera planta donde «residió S.M. la Reina Doña Victoria Eugenia del 7 al 12 de febrero de 1968, durante su última estancia en España después de 37 años de destierro. También la ocupó S.M. el Rey Don Juan Carlos I los días 5 a 10 de julio de 1957 cuando era Príncipe de Asturias y cadete de la Real Academia Militar». Todo eso lo dice un pequeño cartel discretamente colocado junto a la puerta. Tarda en repararse en él, pues la mirada va hacia los dos grandes armarios llenos de libros, a la chimenea encendida bajo un retrato de Romney, a los ventanales que dan al jardín inglés, a las muchas fotografías (los Reyes, Cayetana de Alba y su padre, Aranguren, Américo Castro, Virginia Woolf, Walter Benjamín...), a la gran mesa... Y además la mirada viene ya cargada —muy cargada— con pinturas del me-

dio milenio más pictórico de la historia del arte. El último cuadro llegado aquí es un Chagall, anécdota contemporánea en una casa donde las anécdotas son a veces capítulos de la historia de España sedimentados en sus salones. Y así vemos por ellos una mesa que usó Franco en el castillo de Viñuelas, sede de la Jefatura del Estado antes de serlo El Pardo, la armadura del Conde-Duque de Olivares («No se la pondría mucho ¿no?»: «Por lo menos cuando Velázquez le pintó el retrato, sí»), un costurero de la Emperatriz Eugenia (que vivió muchos años en el Palacio de Liria y aquí murió), una fotografía de la Reina Victoria Eugenia ante la que hay siempre una roja y fresca rosa votiva ofrecida por la Duquesa... La Emperatriz, la Reina y la Duquesa son las tres grandes presencias femeninas de esta casa (la Reina ahijada de la Emperatriz y madrina de la Duquesa).

## UN DUQUE CON GRAN GOETHE

En la tercera planta está un estudio, más amplio, con la antigua biblioteca de Jesús Aguirre. En la pared hay varios cuadros de Cayetana, que estudió pintura con José Caballero, y cuartillas autógrafas enmarcadas: Aranguren, Julio Caro... Leemos allí el último pensamiento escrito por Américo Castro el mismo día en que murió.

Carmen Castro, su hija, lo entregó luego a Jesús Aguirre («Parece que don Américo, inconscientemente, porque aquel día se levantó muy bien y no sabía que iba a morir, puso aquí el compendio de su pensamiento»). El texto, «castriano al máximo», dice así: «La verdad de una creencia indemostrable está en razón directa del número de quienes creen en ella o tienen que hacer como que creen en ella por unos o por otros motivos»...

En sus estudiosas y casi faústicas mocedades («Física, Metalísica, Derecho, Medicina después, y Teología»). Jesús Aguirre y sus leídos amigos se embromaban y zaherían con una frase dorsiana («Si alguno de nosotros presumía de bien situado, de haber pinchado aquí o allá, rebajábamos sus ínfulas diciéndole que era duque sin Gran Goethe»). Los viejos amigos jóvenes de ayer no podrían aplicar hoy la frase dorsiana a Jesús Aguirre, un duque con Goethe incorporado.

—Yo empiezo siempre por el principio...

—Por la A.

—Sí, por la A de Aranguren. Tú naciste un 9 de junio, el mismo día que Aranguren.

—Sí.

—Eso fue casi como una predestinación.

—En realidad, lo descubrimos más tarde. Yo estaba entonces soltero y José Luis, por supuesto, estaba casado con la buena y encantadora de Mary. Y Mary fue la que puso en seguida el comentario. Dijo: «¡Se os nota, se os nota a los dos que sois Géminis!» Y nos felicitamos sendamente los días 9 de junio.

—Naciste aquí en Madrid.

—Sí.

—En una clínica.

—No. Nací en Madrid por casualidad en casa de mis abuelos.

—En la calle Zurbano.

—Sí.

—Pero, como José Hierro, eres santanderino.

—Sí. Trasplantado a Santander. De lo cual estoy muy contento, porque Santander proporcionó entonces un paisaje de adolescencia que no se ha borrado todavía...

—... y un incendio.

—Un incendio del año cuarenta y uno, incendio terrible, sobre el cual después —aludiendo a este incendio y al Machichaco, la catástrofe del diecinueve— Julio Maruri, uno de los poetas de «Proel», escribió el siguiente verso: «Santander: nunca pasa nada; y cuando pasa toda la ciudad se abrasa.»

—Maruri está ahora en Francia.

—Está en Francia pintando. Sé que acaba de adquirir un cuadro suyo el museo de Arte Moderno de París. Y sé que quiere publicar —un amigo común, Pablo Beltrán de Heredia, es el que me lo ha dicho— y yo voy a hablar a algún editor exquisito e inteligente para ver si esa edición de versos de Maruri puede ponerse en pie.

—¿Hasta qué edad estás en Santander?

—Hasta los diecisiete, hasta que acabo el bachillerato.

—¿Quiénes son tus amigos entonces?

—Mi compañero de pupitre durante siete años de bachillerato se llamaba entonces Ramiro Pérez Maura, hoy Duque de Maura... Como amigo de colegio estaba Mario Camús. Con Ramiro Maura compartía el pupitre y las patadas en los tobillos, etcétera, etcétera, de todo colegio de frailes...

—¿Qué frailes eran?

—Lasalle... Camus estaba en el colegio y tenía una aureola entonces inasequible —no tanto por la estatura que ya había alcanzado: más alto que todo el colegio junto— sino porque ya era un gran jugador de baloncesto. Era una persona que tenía el pedestal de su estatura y podía colgar, hacer cesta con la mano...

### La aventura de leer

—En un artículo autobiográfico de «El País» («Educación sentimental y aprendizaje de Goethe») hablas de la lectura de unos libros y dices «con ellos inicié yo mi extrañamiento»...

—Pienso que la lectura —sobre todo si se practica con pasión y se practica con pasión desde pequeño— es un cierto extrañamiento. No negativo. Primero, porque lo que hace es aumentarte los horizontes para el ensueño, para la escapada imaginativa; y, por tanto, hay ya paisajes, parajes, nombres, distintos a los que te rodean en la vida diaria, real... real por llamarla así, quizá sea más real la otra. Y, por otro lado, un cierto extrañamiento porque yo me iba dando cuenta poco a poco de que esos libros, entonces, no se «debían» leer; y yo los leía. He de agradecer que nadie me persiguiera en mi casa por leerlos, aun-

que si me consideraban un pedante, cosa que probablemente era cierta...

—Dices en el artículo que «esa fue la primera vez que sufrí persecución, poco sañuda, por cierto, por la inteligencia». ¿Has sufrido muchas persecuciones por la inteligencia?

—Yo creo que no. Las normales. No hay porque vestirse de héroe ni de víctima. Toda persona que intenta pensar —yo no sé si yo lo he conseguido o no— siempre tiene dificultades: aquellas que en el fondo le incitan a uno a seguir pensando, a seguir pecando...

—También hablas del conflicto entre ética y literatura.

—Creo que ese conflicto sigue ocupando mis lecturas, incluso lo que escribo. Ahora, precisamente, estoy escribiendo un prólogo a la edición de Karl Kraus que hará mi querida Editorial Taurus, de la que siempre sentiré nostalgia...

—¿Nostalgia o añoranza?

—¡Ja, ja, ja! Nostalgia, nostalgia... Ya veo que has leído mi discurso de Salamanca.

—Sí, sí.

—El conflicto entre ética y literatura en Kraus es muy importante. En «La literatura demolida», que es una obra de juventud suya, y en «Moral y criminalidad» está el conflicto entre literatura y ética planteado de manera original e intensa. De modo que no me ha abandonado ese conflicto. Pienso que el estilo de las personas al escribir es bastante revelador respecto a la contextura moral de cada una de esas personas.

### Los años bávaros

—Vas a Munich en mil novecientos cincuenta y...

—... y seis. 1956.

—Y llevas una beca de la Fundación Humboldt.

—No, no. Yo llevo una beca entonces de la Dirección General de Relaciones Culturales, cuyo director general era Antonio Villacieros, actual conde de Villacieros. Beca que él me dio por recomendación de Pedro Lain. Esa beca —yo llegué a Munich un 4 de noviembre— me fue pagada, por los problemas que siempre hay en la Administración, el 13 de junio. Hasta entonces vivía de un dinero que me regaló mi madre y de mi trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Primero me sentí romántico, y cuando llegó la época de las grandes nevadas en la ciudad me alisté, como hacían otros muchos estudiantes, en los equipos para quitar nieve en la



El Duque de Alba en su despacho de la primera planta del Palacio de Liria. Al fondo, una fotografía de Cayetana de Alba.

ciudad. No tenía nada de heroico porque lo hacían muchos. Lo que pasa es que quizá mi complexión física nunca ha sido especialmente robusta, y me di cuenta de que era una exageración inútil. Un heroísmo tan parco era una exageración inútil. Y entonces busqué un trabajo.

-Pagado.

-Un trabajo pagado, claro está. Ese trabajo lo hice en vacaciones. Y fue colaborar en la edición de la «*Vetus latina*», de la Biblia llamada así...

-Ya, ya.

-De la «*Vetus latina*» que se hacía entonces en la abadía de Beuron, en donde se habían descubierto los famosos poemas droláticos del siglo XIV, los «*Carmina Burana*», sobre los cuales construyó una música tan endeble...

-Carl Orff.

-El señor Orff... Tan endeble y tan del gusto del público de Madrid. Sin embargo, es una música muy endeble, porque simplemente es un plagio.

-¿Plagio de quién?

-¡De todo! Lo que tiene esa obra, evidentemente, es el pasmo que todo lector siente ante el texto latino.

-Tú vas a Munich a estudiar Teología.

-Sí... Y pasado ese año primero es cuando consigo la beca Humboldt.

-«Felizmente suculenta», según has dicho... En Munich, vas a hacer también una tesis sobre Guillermo de Occam, que murió en Munich, por cierto, como Marsilio de Padua.

-Sí. Murió en Munich y llegó el día 9 de junio a su exilio en Avignon.

-Otro 9 de junio... Después estuvo en Munich con Luis de Baviera.

-Bueno ¡cuidado! hay que advertir

que es el Luis de Baviera de entonces.

-El antiguo.

-No el rey wagneriano.

-No. Este es el de la «Corona de hierro».

-Exacto.

-¿Cómo fue lo de Occam?

-Primero me interesaba el siglo XIV, porque me parecía que era un siglo mucho menos oscuro de lo que la historiografía trivial decía o disputaba, que había en él todos los gérmenes del Renacimiento. Yo no había leído entonces a Duby, que tiene un espléndido libro sobre este asunto, sobre cómo el germen del Renacimiento está en el XIV. Y me interesaba porque era la crisis de toda una época, un mundo, que era el mundo medieval. Crisis interiorizada por muchos de los que la vivieron como crisis de final, de ruina total, derrumbamiento del mundo medieval, cuando en el fondo yo lo que iba es a intentar probar que esa crisis —modestamente, claro está—, como luego lo ha hecho Duby —que esa crisis lo que era es una crisis, como diría Ortega, matutina. Ahí se abre el Renacimiento. Occam es uno de los primeros renacentistas... Evidentemente: siempre hay un canto del cisne en todos estos personajes y en todas estas épocas. Pero muchas veces el canto del cisne se convierte también en un canto de mañana. Y esa ambigüedad es lo que me interesaba de ese señor. Como una época en la que, generalmente, se piensa que se hunde un mundo entero si ¡es verdad!, se hunde, pero para transformarse en el Renacimiento. Y el germen ya estaba en el siglo XIV.

-¿Llegaste a hacer la tesis?

-Sí. No la he publicado y me daría terror releerla en este momento.

-Pero tú no miras el pasado con terror...

-No, no. En absoluto. Lo asumo totalmente. Siempre con ironía, por supuesto.

## La ironía como método

-La ironía es una defensa ¿o es un método de conocimiento?

-Yo creo que un método de conocimiento más que una defensa. No se puede conseguir saber adónde va un camino si no se ha intentado andar también por otro.

-No recuerdo adónde, pero en alguna parte hablas tú de la autoironía.

-¡Ahí voy, ahí voy! Siempre he hecho una interpretación, etimológicamente falsa, de ironía. Que es poder coger (y conste que sé perfectamente que es etimológicamente falsa)...

-Consta, consta.

-Que es poder coger dos caminos al mismo tiempo. Uno, aquel que realmente te interesa, pero pienso que para saber por dónde vas tienes que haber ido por más de un camino varias veces. Y después saber cuál es el tuyo.

-¿Entonces conoces a Angel Alvarez de Miranda o lo conocías de antes?

-No. Lo conocí antes, en Madrid. Es más: el día que a mí me entregan el dinero de la beca de Villaceros, me dan la noticia de la muerte de Angel Alvarez de Miranda.

-¿Te influye a ti mucho Angel Alvarez de Miranda en esa época?

-Sí. Era imposible que no influyese.

-¿Era un personaje tan sugestivo como se ha dicho?

-Yo creo que era el hombre más sugestivo de su generación... O de su grupo, porque ya sabemos que es preferible hablar de grupos que de generaciones. Realmente, lo que ocurre también es que yo le conozco a Angel ya herido de muerte, convertido físicamente en una cabeza pensante, porque no tenía más que la cabeza, lo demás estaba metido en un pulmón de acero... Pero desde ahí, desde esa cabeza que salía del pulmón de acero, cuando todavía Angel Alvarez de Miranda podía hablar ¡salieron tantas cosas!

-¿Dónde estaba él?

-Estaba ya en la Clínica de la Concepción cuando yo me fui a Munich.

-Tú en Munich llevabas un jersey amarillo con mucha frecuencia, como esa chaqueta que llevas ahora.

-Probablemente, no me acuerdo. ¿Eso quién te lo ha dicho?

-¡Ah! Las fuentes son secretas... Bueno, esto ya es historia. Me lo dijo en la Facultad de Políticas una compañera mía que te había visto en Munich, cuando yo todavía no te conocía. Se llamaba, se llama, Mercedes Vera...

-Sí. Sacó el número uno en unas oposiciones a Técnicos de Turismo y eso fue un gran escándalo en aquellos tiempos entre los hombres, que una mujer sobrepasara a todos...

-Así fue... Pues te recordaba de Munich con el jersey y un fular.

-Yo es que de los fulares tengo una teoría, que es la siguiente: es que lo más cómodo para no pasar frío es llevar toquillas o echarpes, lo que quiere llamarle...

-Chales.

-Dicho en un castellano galdosiano: una toquilla... Hasta el punto de que yo, como estoy un poco acatarrado, estos días me paseo con una especie de bufanda, que despliego y me la pongo, porque en primer lugar es

acogedor. Evidentemente, todo aficionado barato al psicoanálisis diría que lo que uno está buscando es el abrigo uterino, intrauterino...

-El claustro materno.

-El claustro materno... Es posible. No digo que no. Y desde luego es lo que menos pesa y lo que más calienta. Siempre he tenido esa teoría. Nunca he entendido por qué los señores no podemos llevar toquillas. Yo las llevo. En casa.

-Tu encuentro con Goethe es anterior a Munich.

-Sí. Es muy temprano.

-Llega a través de Ortega.

-Llega leyendo «*Pidiendo un Goethe desde dentro*», concretamente.

### Liria y Las Dueñas

-En Sevilla, en el palacio, tenéis los versos de Machado del «Retrato» y ahí uno, el segundo, que es casi igual a una frase de Goethe en el «*Viaje a Italia*»: «la tierra donde florece el limonero» y...

-y un huerto claro donde madura el limonero... La historia de esa placa es una historia interesante de contar. Es un azulejo, no es una placa, como corresponde a Sevilla...

-Es lógico. Y a lo mejor hasta de Cerámica Santa Ana.

-Eso ya no te lo puedo asegurar... Mi suegro en el año 1948 toma tres decisiones y además las toma en Las Dueñas. Primero, reconstruir el Palacio de Liria que, como sabemos todos perfectamente, después de la guerra civil se había convertido en cuatro fachadas milagrosamente enhiestas de Ventura Rodríguez que contenían o abrigaban...

-¿Esto fue bombardeado?

-Esto fue incendiado... Esa es otra historia... Bueno. Dentro no había más que una suntuosa teoría de ruinas.

-¿Cuadros no había?

-Cuadros había parte que mi suegro había depositado ya en el Banco de España, antes de marcharse, antes del verano. Parte que se perdió, por supuesto, como se perdió parte del archivo y parte de la biblioteca, y otra parte que fue evacuada en el momento del incendio... Hay una bomba, eso es cierto. Y hay persona viva, que vivía en la casa en ese momento y lo puede atestiguar. Hay una bomba que viene del Cuartel de la Montaña. Entonces esa bomba cae en el cuarto de niña de Cayetana, concretamente, y destruye ese cuarto en cuya cabecera de la cama estaba la Virgen de Rosales, la famosa Virgen de Rosales. El cuadro fue destruido por esa bomba. Y ese cuarto, también.

Pero nada más. La bomba no incendia el palacio. Corre la voz, por el Madrid de entonces, «se ha bombardeado el Palacio de Liria» y, poco tiempo después, alguien prende la tea. Porque evidentemente la bomba no incendió el palacio. Conviene dejar las cosas en su sitio.

-Sí, sí.

-Hubo la bomba y después hubo un incendio. ¿Ese incendio provocado por una mano políticamente intencionada que pudiese decir «puesto que los otros han tirado una bomba ahora vamos a decir, ante la prensa internacional y la opinión internacional que una de las joyas más importantes de Madrid ha sido destruida por los otros»? Es posible. ¿Una mano fortuita, sin ninguna intención política? Es posible, también. ¿Dónde estaba esa mano? ¿de quién era? Eso no se sabe. Pero los hechos son esos.

-Y ahora volvamos a 1948.

-Bien. En el cuarenta y ocho, por tanto, mi suegro toma la decisión primero de reconstruir Liria, una vez consultado con su hija, si su hija asumía la responsabilidad de esa reconstrucción y de lo que significaba vivir aquí, en cuanto peso, sacrificio económico, etcétera. Bueno. Toma otra decisión, a petición de su hija también, de Cayetana, que es escribir sus memorias, y las empieza a escribir en Las Dueñas. Las memorias deberán seguir inéditas durante un cierto tiempo... Y empieza a tomar notas sobre el azulejo que hay que poner en Las Dueñas conmemorando lo que él entonces piensa, en el año cuarenta y ocho, que es el nacimiento de los hermanos Machado en Las Dueñas.

-¿Allí nacieron los dos?

-El, en ese momento, piensa que son los dos hermanos. Y aquí, en el archivo, están conservadas las notas: «A los poetas Manuel y Antonio Machado...». Entonces descubre que es absolutamente seguro que Manuel no ha nacido en Las Dueñas. Manuel ha nacido en la calle San Pedro Mártir. Estamos en el año 1948, en donde evidentemente lo cómodo políticamente era dedicar el azulejo a Manuel y no a Antonio. O solapar el de Antonio poniendo también el nombre de Manuel. Como, evidentemente, allí no nació Manuel, el Duque de Alba en el año 1952 pone el azulejo a Antonio Machado. Creo que es interesante el gesto.

-Antes, acabada la guerra mundial, después del Manifiesto de Lausanne tu suegro dimitió como embajador en Londres.

-Sí.

-Y en 1947 es cuando no le dejan ir a Estoril, ¿me parece, no?



Con Américo Castro, Pedro Sáinz Rodríguez y Arturo Fierro (éste aparece de espaldas). El último texto de don Américo, «castriano al máximo», lo escribió su autor el mismo día en que murió.

—Sí, es cuando dice «por primera vez un Duque de Alba no puede ir a ver a su Rey». Pero vamos a seguir en el asunto de Las Dueñas que es interesante, muy curioso de cómo las parcas no siempre hilan con hilo negro. Entonces él pronuncia un discurso en el año 1952, un año antes de morir, cuando se coloca el azulejo. Y dice que la tradición familiar y ciudadana de Sevilla asegura que Machado, don Antonio, ha nacido en Las Dueñas, pero que no se ha podido probar y que su escrupulo de historiador le obliga a decir que no se ha podido probar. Bien.

—Está la prueba en verso ¿no?

—Bien, bien; pero esa prueba ya veremos cómo se aporta, que es muy divertido. Primero, es evidente que hoy está probado porque se han encontrado las partidas de bautismo diciendo que nació en la calle Dueñas, tal, tal tal... Tanto en el expediente administrativo de su oposición a cátedra en el Instituto como en su boda. Pero es que además, hay una prueba absolutamente ya de mano del poeta. Todas las ediciones del famoso poema al padre «Esta luz de mi infancia es el palacio donde nací con su rumor de fuentes...», hasta la primera edición aparece sin título. ¿Qué palacio es? Bueno, se supone que es el de Las Dueñas, pero sin pruebas. Bien. Yo hago en Taurus —muchísimo antes de conocer a mi mujer— la primera edición facsímil y completa, íntegra, de los cuadernos de don Antonio de «Los complementarios». Bueno, pues ahí, en esa edición, ese poema, el del palacio, tiene de mano de don Antonio un título: «Al Palacio de las Dueñas.» Lo curioso que como editor yo soy el que aporta la prueba... Por tanto las parcas no siempre hilan con hilo negro.

## Teoría de la revista

—En tus años bávaros de aprendizaje —como alguna vez dijiste— «la música fue un regalo frecuente». Por ejemplo en los conciertos semanales de la Herkules Saal y en más sitios. Pero tengo entendido que antes, en España, también asistías a otra música muy diferente. Me refiero a las revistas.

—Sí... je... je... Esas fueron escapadas de adolescencia colegial con Ramiro Maura, con Dimas Campos, con su primo Luis Campos... Nos escapábamos al teatro Pereda, que como estaba tapizado en verde y era un teatro muy viejo lo llamaban «el viejo verde» los santanderinos. Nos escapábamos y veíamos a Celia Gámez, por ejemplo...

—Hombre, no tan por ejemplo. Lo de Celia Gámez era casi obligatorio.

—No solamente era obligatorio, sino simple y llanamente era algo sumamente interesante y divertido. Yo siempre he tenido una gran admiración por Celia Gámez.

—¿Qué revistas viste; ¿Yola...?

—Todas, todas, todas... «Yola», y luego aquella revista metafísica y goethiana que se llamaba «Si Fausto fuera faustina», en donde canta el famoso asunto de «Contigo iré donde me lleves tú... mi luz será reflejo de tu luz». Hay una peripecia, muy rápida, que es algo así como «El Sol hayó, no hay luz en mi jardín luego de repente el sol llegó, ya hay luz en mi jardín»...

—Tenía una fijación fotomaniaca.

—Como Goethe.

—«Luz, más luz!» ¿Te acuerdas de «El águila de fuego».

—El Rastro, el Rastro de Madrid,

estuvo lleno durante años de las plumas que habían quitado, cuando ya la revista se arrumbó, a Celia y a toda su «troupe», de los trajes de «El águila de fuego»... ¿Y «La Cenicienta en Palacio»?

—¡Ahí no llegué yo!

—¡Sí, por Dios! «La Cenicienta en Palacio! ¿No?»: «La Cenicienta del Palace», perdón!... del Hotel Palace. Y luego «Su Excelencia la Embajadora», donde la osadía del ripio queda consagrada en categoría literaria. «Su Excelencia la Embajadora» comienza con toda la chinda-chinda, llega el nuevo embajador, etcétera, etcétera, las «girls», y los «boys» y toda esa historia que doña Celia ha montado, entonces hay ya un gran chirrido de la orquesta, se abren las puertas o baja las escaleras (no me acuerdo)... Creo que se abrían unas puertas violentamente...

—Las escaleras solían ser al final, en la apoteosis.

—Sí, sí, al final. Era fatigosa, para ella, la bajada de las escaleras. Fatigosa, sí... Natacha Seseña imita muy bien esa bajada de escaleras. Y llega con sus arreos y dice «Yo soy el nuevo embajador y pienso hacerlo mucho mejor que el anterior.»

—Ja, ja, ja...

—Pero, en fin, sí. En Munich hay un contacto trisemanal con la música. Allí conozco a Pierre Boulez, allí conozco a Hermann Scherchen...

## España, otra vez

—¿En qué año vuelves a España?

—Definitivamente?

—Sí.

—En el sesenta y dos. Digo definitivamente porque yo volvía durante las vacaciones. Y además como mis vacaciones semestrales alemanas coincidían con período lectivo aquí en España, la Facultad estaba abierta cuando yo venía.

—La Facultad de Filosofía de Madrid.

—Sí. Es cuando yo empiezo a asistir a las clases de Aranguren.

—¿En esos años conoces a Aranguren?

—No. A Aranguren le conozco mucho antes. Yo a Aranguren le conozco en el año 1952. Y tengo cartas tuyas del año cincuenta y dos, tengo una copiosa correspondencia con Aranguren. Y una copiosa correspondencia con Lain, de todos mis años alemanes.

—La amistad con Ignacio Fernández de Castro, Eduardo Obregón y esta gente, ¿es de esa época también?

—Es el año cincuenta y... No podría fijar ahora si es el cincuenta y cinco o del cincuenta y seis.

## UN DUQUE CON GRAN GOETHE

-Cuando vuelves estás con Sopena en la Ciudad Universitaria, en la iglesia de Santo Tomás.

-Sí, sí. No inmediatamente, pero muy pronto; no pasó un año. Creo que comienzo a trabajar con Federico a los cuatro meses de llegar aquí. Y continuo con él, pues hasta que Dios quiso. Hasta que Dios y el señor arzobispo quisieron. El señor arzobispo, en este caso, era don Casimiro Morcillo que relevó a Sopena en el cargo -decisión sobre cuyo acierto o desacierto yo no entro- pero lo que sí es cierto es que ninguna de las personas que trabajábamos con Sopena nos incorporamos al equipo nuevo.

-En esta iglesia estrenan Cristóbal Halffter y Joaquín Rodrigo, según cuenta Sopena en «Defensa de una generación». La «Misa ducal» de Halffter y la «Música nupcial», de Rodrigo.

-¿Sabes por quién está encargada la «Misa ducal»?

-No, no.

-Por la casa de Alba. Esa misa es para la primera comunión de Carlos y de Alfonso, de los dos chicos mayores de esta casa, del duque de Huéscar y del duque de Aliaga.

-¿Y se estrena aquí o allí?

-Eso no puedo asegurártelo. Debió estrenarse aquí porque fue encargada para la primera comunión.

-Sí, porque habla de casi estreno. El estreno real fue el de Rodrigo. ¿Teresa Berganza también canta allí?

-Teresa Berganza canta muchas veces por las mañanas cuando estamos yo, ella y su hija mayor, que entonces era una niña de tres años. Entonces se ponía al órgano Teresa y cantaba.

-En «Defensa de una generación» dice Sopena: «Lo de la poesía no puede ser desdeñado como hace Jesús Aguirre.» No dice más, aunque sospecho que se refiere precisamente a Valverde.

-Federico escribió «Defensa de una generación». Me lo dio a leer. Y yo le dije «Tiene usted editor» -y efectivamente se editó en los Cuadernos Taurus, de la editorial que yo dirigía entonces- pero en el momento en que el libro salga al público tendrá usted crítico». Y, efectivamente, publiqué en «Cuadernos para el Diálogo» un artículo largo de recesión y al mismo tiempo crítica, a mi modo de ver siempre, por supuesto, respetuosa, pero en la que mostraba mi disconformidad con puntos de vista de Federico en ese libro.

-¿A qué o a quiénes aludía ahí?

-El se refiere ahí no a que yo desprecie la poesía (más bien al contrario, como toda persona medianamente lectora, ¿no?, medianamente sensible). Sino que tenía menor apre-

cio por la mala poesía. Y por unas ciertas cursilerías, unos ciertos ternurismos, a los que determinada poesía era propensa y a las que Federico en su propio libro también era propenso.

-Por esta época tú trabajas en Taurus como director de una colección y como traductor.

-Como traductor había ya hecho cosas cuando yo era estudiante. Concretamente había traducido un trabajo muy bonito de Söhngen, un catedrático muniqués que influyó mucho en mi vida por muchas razones tanto científica como éticamente, como moralmente. Se llamaba «El cristianismo de Goethe», el trabajo.

-Fue un «Cuaderno Taurus» precisamente.

-Sí, pero antes de dirigir yo la colección.

-El autor era Gottlieb Söhngen.

-Sí. Después mi incorporación a Taurus es una incorporación... (bueno, tácticamente no parece que dio mal resultado, pues dirigí esa empresa durante bastantes años), un poco como Josué alrededor de las murallas, dando vueltas alrededor. Primero hubo unas traducciones, hubo unas publicaciones que yo dirigía, no solamente «Cuadernos Taurus» también hubo otra colección que se llamó «El futuro de la verdad» y publicaciones diversas en otras colecciones.

-Taurus por esta época ya había publicado el libro de Calvez sobre el marxismo.

-Sí. Ese libro lo publica el primerísimo Taurus, el Taurus anterior al de la etapa en la que yo me incorporo, es decir, el Taurus de Pancho Pérez González que, bueno mordiéndose la pescadilla la cola, vuelve a ser ahora consejero delegado de la empresa. El fue, junto con Miguel Sánchez, el fundador de Taurus. Hay por ahí la teoría de que Taurus la fundó Antonio Garrigues. Eso no es verdad, históricamente, Antonio Garrigues llegó después. Antonio Garrigues, padre, llegó después a la presidencia del consejo de administración. Taurus ya había hecho cosas.

-¿De qué año data?

-Se cumplen ahora los veinticinco años.

-El primer libro que yo compré de Taurus, «La peste», será de entonces.

-Sí, el de Camus. Luego llega Antonio Garrigues, luego llega el Banco Ibérico a través de los Fierro y concretamente a través de Arturo, y es el momento de mi incorporación. Es precisamente Arturo quien en un momento determinado como presidente del consejo de administración me nombra director literario y pocos

meses después me nombra director general. He de decir, porque creo que es justo y sobre todo si la entrevista aparece en «Triunfo», cual fue la postura de los Fierro respecto a esa editorial y en aquellos años. Fue una postura generosa y fue una postura inteligente. A mí me dejaron hacer incluso algunas cosas que no les gustó que las hiciese; pero yo les llevé a la convicción de que una editorial cuyos libros le gustasen a todos y todos, sería una editorial partidista y que de lo que se trataba en Taurus era de hacer una tribuna abierta de publicaciones, de publicaciones críticas, siempre en un lenguaje científico o bien educado, como queramos llamarlo, y por tanto no arrabalero ni demagógico. Lo entendieron, lo aceptaron y ahí están los libros.

-Sí.

-Digo esta referencia a los Fierro precisamente en la revista «Triunfo» porque creo que la revista y su entonces y actual director José Angel Ezcurra recordarán que una sanción que mantuvo cerrada la publicación durante cuatro meses...

-En 1971.

-Era una sanción mortal. José Angel Ezcurra vino a verme y yo le conecté concretamente con Arturo Fierro dentro del Banco Ibérico y se concedió un crédito en buenas condiciones que, por cierto, la empresa pagó religiosamente en los plazos que había estipulado para los pagos. Pero recordarás también, en una presentación creo que de un libro de don Américo o sobre don Américo...

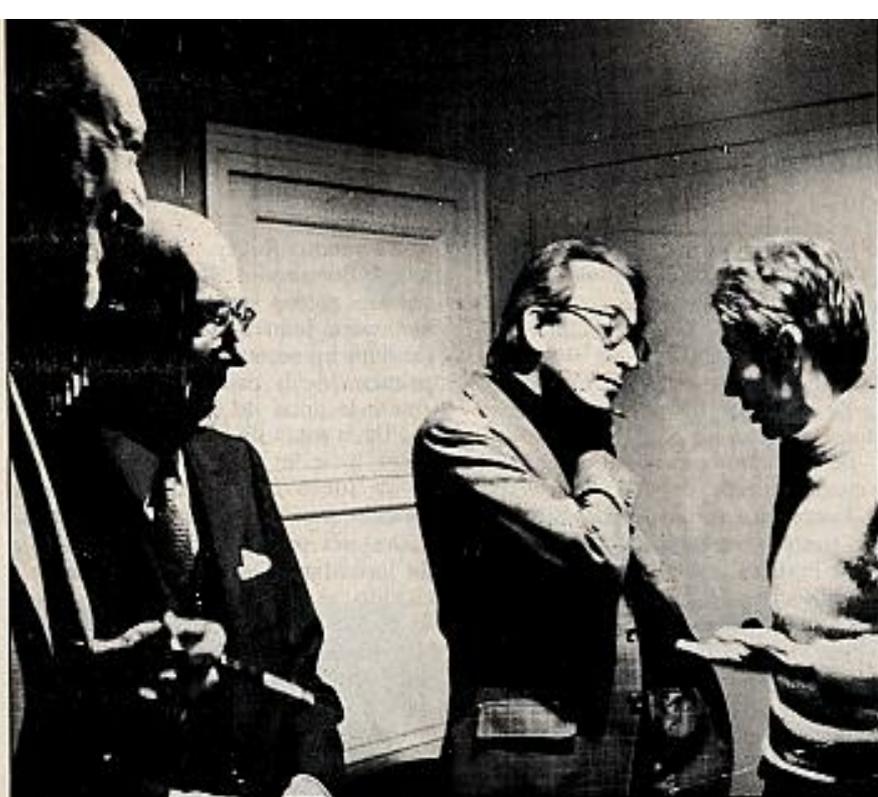
-Lo presentaron Laín Entralgo y...

... y Lapesa, don Rafael Lapesa. Y recordarás que ahí estaba la gente de «Triunfo», estabas tú. Ya había negociado Arturo con Ezcurra y se volvió a vosotros y os dijo «Bueno, tranquilidad que...

... que no habrá problemas de tesorería».

-Que no habrá problemas de tesorería. Bien creo que esto es justo recordarlo. Porque ser agradecido siempre es bonito y yo estoy agradecido a Arturo Fierro y esto agradecido a sus hermanos, y aunque tuve con ellos menos trato directo porque el trato directo mío era con Arturo, pues aceptaron, insistió, el patrocinio económicamente una editorial cuyos libros no todos les gustaban. Siempre, y cuando, claro, fuesen libros en los que lo que se decía, se decía respetuosamente. Críticamente, no a base de alaridos.

-Editorialmente tu nombre a lo que más se une es a la Escuela de Frankfurt. No sólo como editor, digamos que eras como su embajador en España.



Con Aranguren cuando éste publicó sus «Memorias y esperanzas españolas». Con ellos Josep Maria Castellet y Xavier Rubert de Ventós.

-Respecto a la Escuela de Frankfurt yo pienso que también hay que hacer justicia a Manuel Sacristán que consiguió traducir y que se editara, en Ariel, un libro de Adorno. Ese libro pasó desapercibido, fue un libro puntual, uno y no más, pero hechos son hechos.

-Pero antes de todo eso hubo un libro de Marcuse en la «Revista de Occidente», que fue «El marxismo soviético»; un libro, por cierto ignorado por casi todo el mundo.

-¡Cierto! Eso es cierto. Lo que ocurre es que mi simpatía intelectual por Marcuse es muy escasa. Considero que es el pensador de todo ese grupo más, más...

-Endeble.

-Más endeble, más difuso y más escritor para el consumo, para el gran consumo.

-Tus preferencias van por Adorno y Benjamín.

-Los dos. No me interesa tanto Horkheimer, porque me parece bastante aburrido... Me interesa mucho Bloch, por supuesto, que de alguna manera se le puede asociar a ese fenómeno, aunque no estrictamente a la escuela. Y no me interesa nada el señor Marcuse, absolutamente nada. Absolutamente nada. Bien. Hemos señalado el hecho de Manolo Sacristán. Después ya viene, sí, la publicación sucesiva de originales de estos pensadores en Taurus. Concretamente la publicación de obras de Benjamín, que esas sí las traduzco yo directamente, y las anoto yo y las prologo. El primer prólogo apareció, antes que en el libro, en «Triunfo».

-Así es. Adorno lo tradujo Sánchez de Zavala, en «Sociológica».

-«Sociológica», que es de Adorno y Horkheimer, la tradujo Víctor Sánchez de Zavala, como siempre responsablemente, como todo lo que ha hecho y sigue haciendo Víctor Sánchez de Zavala desde el punto de vista intelectual. Quizá porque yo huya de las estereotipaciones, bueno, ¿por qué se olvida que en el Taurus de mi tiempo aparece uno de los libros más estrechados que se han escrito en la España de los últimos años?

-¿«Los Baroja»!

-«Los Baroja» de Julio Caro. Yo estoy muy orgulloso de haber sido el editor de «Los Baroja». ¿Por qué se olvida -bueno no es que se olvide, pero ya digo que huyo de los estereotipos- la colección de crítica literaria que dirigía y dirige Ricardo Gullón, ese personaje que para la cordialidad y para la educación de la inteligencia si no existiese habría que inventarlo?

-¿Tú conocías a Gullón de Santander?

-Sí, sí.

-¿Allí qué era: registrador de la propiedad, juez...?

-Fiscal, fiscal... Un fiscal que absolvía, generalmente. Contradictorio con su oficio.

-¿Cuándo abandonó este hombre la carrera?

-Yo creo que en el cincuenta y ocho.

-¿Y qué hace? ¿se marcha a América?

-Se marcha a Puerto Rico, primero, a trabajar con Juan Ramón. Y de ahí, después, pasa a Austin en Texas, donde estuvo bastantes años. Y luego a Chicago, que es donde está...

-Le conoces pronto.

-Yo con él tengo una relación muy

de infancia... vamos: de adolescencia. Recuerdo que temblorosamente acudía a su casa del muelle, en el paseo de Pereda, para decirle lo que me había parecido el libro que me había recomendado para leer y que me recomendase otro. Ir a su casa era siempre encontrar a una persona importante, afable, con una enorme cultura... Yo, por ejemplo, mi introducción a la literatura inglesa se la debo a Gullón con un libro de juventud suyo de novelistas ingleses, que prolonga Antonio Marichalar, marqués de Montesa, que es un libro muy bonito. Y a ese libro le debo yo mi conocimiento de Virginia Woolf, de muchos escritores ingleses que luego he seguido relevando... Y luego tenía la ventaja de una hija, que sigue teniendo, que ya es abuela, creo... sí, creo que sí... que es Soledad, enormemente simpática y ¡con coletas!

-Lo tuyo con Virginia Woolf es casi fijación. Tienes hasta una foto en esta mesa.

-Me ha interesado mucho siempre la escritura, la vida como escritura que es la vida de Virginia Woolf.

-Esa foto no le recuerdo yo de la otra casa. La de Aranguren sí.

-También estaba la de Virginia.

-Tu amistad intelectual quizá más importante ha sido la de Aranguren.

-En España, durante muchos años, sí. No digamos más importante en el sentido excluyente del término, cosa que hasta el mismo José Luis le molestaría.

-Por supuesto, por supuesto... Tu epistolario es abundantísimo.

-Hay un epistolario abundante con José Luis, en esa época, y con Pedro Laín. Vengo a España. Y mi epistolario con Pedro Laín disminuye. Mientras que Aranguren salta ya el charco a América y continúa la correspondencia. Lo que ocurre es que también en esa época es cuando Aranguren deja de escribir morosa y dedicadamente, y cuidadosamente. Empieza a escribir más de prisa y más informativamente, con un concepto de la escritura distinto al que tenía antes. No se pueden comparar los libros últimos a un libro como «Crítica y meditación», por ejemplo. Y ahí se ve que hay una cesura en la manera de escribir... Más que en la manera, en la postura que Aranguren tiene frente al hecho mismo de escribir él.

-¿A qué se deberá eso? ¿a la influencia americana?

-Diríamos que a las experiencias vitales que él hace en América y al cambio mismo de postura que frente a sí mismo y a su obra él adopta en esos años. Hay clarísimamente una cesura.

## UN DUQUE CON GRAN GOETHE

-¿Tú tienes muchos amigos?

-Sí.

-Digo amigos como Javier Pradera.

-Amigos íntimos, por tanto.

-Sí.

-Tengo los suficientes. Los buenos amigos tienen dos ventajas: una que son buenos y otra que son pocos.

-Alguna vez has hablado de «nuestra década marxizante».

-En primer lugar, es el momento en que el marxismo comienza a producir heterodoxias, y por tanto produce intelectuales importantes. Es decir, pienso que el marxismo produce resultados intelectuales importantes en los momentos de creación de la ideología; que después se pasa al catecismo oficial, que carece absolutamente de interés desde el punto de vista intelectual; y en el momento en que aquí empieza esa especie de tonalidad es cuando fuera se producen los primeros desgarramientos del sistema. Por tanto, compromisos intelectuales apetitosos. Eso por un lado. Por otro lado, claro, cómo era el fruto prohibido pues supiese amargo o supiese dulce o se llegase a morder o no, lo que se llevaba era, por lo menos, tenerlo en la mano. Dudó mucho que se leyese los textos originales, desde luego.

-Tus contactos con el «Felipe» fueron muchos.

-Muchos, personales, muchos... Con personajes importantes, como pueden ser Cerón, Fernández de Castro, más tarde Nicolás Sartorius, César Alonso de los Ríos, José Pedro Pérez Llorca, Antonio Alonso Lasheras...

-¿Tomás Ramón Fernández, también fue?

-No te lo puedo decir. Con Tomás Ramón mi amistad es posterior.

-Yo es que a Tomás y a Antonio los gemelo siempre...

-Sí iban juntos siempre. Los dos son rubios: Tomás más que Antonio.

-Yo los gemelo por su etapa del bufete de Enterría... ¿Cuándo conoces a Emilio Lledó?

-De los tiempos en que yo estaba en Munich y él estaba en Heildeberg. Es donde yo conozco al personaje, muy amigo también de Lledó que es Lucio García Ortega.

-Tú llevaste, en tiempos al menos, una especie de diario íntimo.

-Y llevo.

-¿Amenazas con publicarlo alguna vez, aunque sea desde ultratumba como Chateaubriand?

-No.

-Ni como, digamos, «Diario de ultratumba».

-Pongámosle un título bíblico: «La luz bajo el celémín».

-Lo mantienes con constancia.

-Sí. Para inquietud de mis amigos.

-Y de tus enemigos.

-Salen menos.

-¿Es casi preferible ser enemigo tuyo, que amigo, entonces?

-Yo creo que no. Yo creo que ser amigo...

-Bien. Vamos con algún amigo. En el citado artículo, cuentas de tu etapa de Taurus que con la ayuda, «carísima por cierto al menos en bufidos, de Javier Pradera, trasladarla -te refieres a la editorial- de Tomelloso a Frankfurt. ¿Tus relaciones con Javier, cuando empiezan?

-Son muy antiguas. Y son diarias, y los siguen siendo, hasta hoy. Hoy almuerzo, por ejemplo, con él. Aunque no solemos almorzar juntos con mucha frecuencia, ni vernos con mucha frecuencia, pero sí nos hablamos todos los días por teléfono.

-Vamos con los bufidos.

-Bueno. Cuando Javier está con uno caritoso, hay que sospechar no que Javier le vaya a pedir a uno algo, porque es enormemente soberbio y nunca pide nada; sino que le va a sacar a uno algo. Que eso es distinto. En eso es un maestro... Entonces cuando Javier llega con un bufido, por lo menos lo que te da es eso: un bufido. Y por tanto tienes esa ventaja.

-¿Sigues asistiendo a una tertulia cercana a la Castellana en la «pecera» de José Luis?

-La tertulia primero se hizo en «Parsifal»...

-Ya.

-Y luego se trasladó a la «pecera» de José Luis. Realmente, yo estoy mucho menos en Madrid ahora que hace unos años y voy poco. Lo que ocurre es que me cuentan las tertulias. Después de haber habido la tertulia, los unos y los otros me dan sus impresiones, fenómeno que luego en la tertulia siguiente les da pie para acusarse de espías y de servidores del Duque y esas cosas...

-Ja, ja... ¿Quiénes van a la tertulia?

-Al que más acusan es al pobre Juanito García Hortelano, porque es el que más habla. Entonces, yo me quiero enterar y le llamo a Juan García Hortelano. Y Juan García Hortelano, con esa pasión comunicativa que tiene, cuenta y... ¡se que le llaman «El topo de Liria»!

-¿«El topo de Liria», eso está bien! Si Juan hubiera escrito la mitad de lo que ha hablado habría escrito muchísimo más que Balzac y Baroja juntos.

-¡Ya ha escrito bastante!

-Claro. ¿Quiénes van?

-Va Javier Pradera, va García Hortelano...

-Clemente Auger...

-Clemente Auger, va Elias Querejeta... Bueno, los fundadores de la tertulia somos esos. Después ya se incorpora Juan Benet, que le molestará mucho reconocer que no es de la primera, de la primera...

-De la junta de fundadores.

-De la junta de fundadores. Pero va Juan (y se le ha acogido con cariño) Y va Julián García Candau, a veces cuando hay problemas de deportes.

Después ya asiste de vez en cuando José María Guelbenzu; alguna vez, cuando se atreve a soportanos, pasa Jaime Salinas por allí; si está en Madrid Semprún, va también Jorge Semprún... En fin, es una tertulia abierta aunque no mucho.

-¿A ti te hubiera gustado vivir en el siglo XVIII? Por las tertulias, por los salones, mejor dicho... A ti se te suele adjudicar una imagen dieciochesca.

-Bueno: siempre he dicho que es el siglo que más me interesa desde el punto de vista intelectual...

-¿Pero el francés, el español, el alemán?

-Los tres, los tres... Tanto el alemán, que nada tiene que ver con el francés; como el francés, que tiene muy poco que ver con el español pese a las miles influencias que son bastante menores de lo que la opinión así en boga ha venido diciendo, ¿no?

-¿Quién te interesa de personajes?

-Sí, me interesan además los personajes. Me interesa, siempre me ha apasionado Jovellanos, por ejemplo, una imagen del XVIII español, un dieciocho entristecido, pero sin embargo trabajador... Siempre he tenido como lema, cuando he terminado un trabajo o una situación o un año, como el que acabamos ahora de terminar (ese año que ha estado a punto de terminar él con nosotros, no nosotros con él) de despedirnos él a nosotros y no nosotros a él, como lema una frase de Jovellanos que dice: «En fin, descansen de estas fatigas para poder entrar en otras».

-¿Tú escribes mucho?

-El diario es un buen ejercicio de escritura. Y, en cambio, publico poco. Y creo que eso va a seguir siendo así.

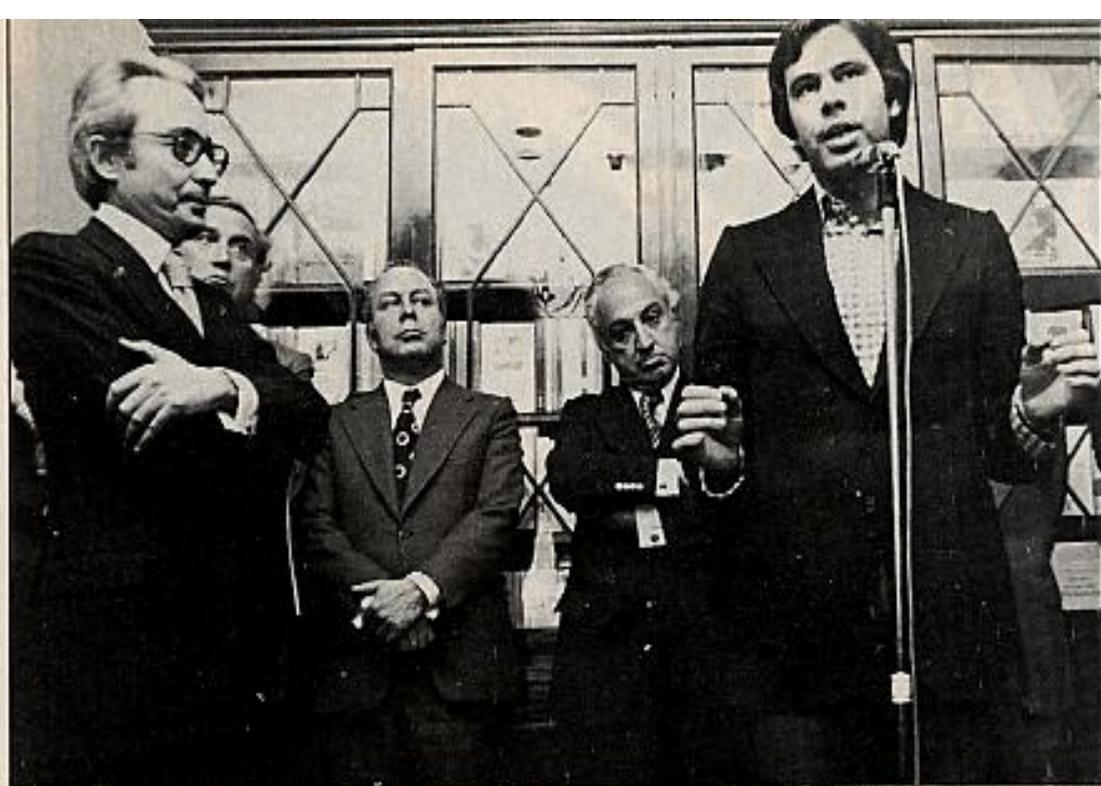
-¿Qué has publicado de libros? ¿Sóloamente los «Sermones en España»?

-Está «Cristianos y marxistas», que fue un libro colectivo, pero el «editor», en el sentido inglés, del libro soy yo (el «publisher», en el sentido inglés, es Pradera)... Y se han publicado después historias sobre ateísmo también colectivas. Y conoces mis artículos, veo que mejor que yo... je, je...

-¡No tanto, no tanto!

-Y están los prólogos, etc...

-Trato con políticos, ¿has tenido mucho?



Con Felipe González en la presentación de un libro de escritos de Besteiro, preparado por Fermín Solana. Con ellos: Pancho Pérez González, Jesús de Polanco y Manuel Jiménez de Parga.

-Sí... pero no en cuanto políticos. En cuanto personas. Yo no he estado nunca adscrito a ninguna ideología...

-Por ejemplo: a Gil Robles si lo trataste bastante.

-Sí, pero no como político, sino como persona también.

-Y como editor.

-Sí, porque le publiqué *«La monarquía por la que yo luché»*, los famosos diarios. Ahí fue de una enorme generosidad conmigo, don José María. Porque los diarios -que ya de suyo me fueron entregados autocensurados, en fin una serie de cosas que el propio don José María y Pablo Beltrán de Heredia, que en ese momento era el mediador, consideraban que eran demasiado duras contra personas vivas, y yo censuré más. Y yo le pedí permiso, y luego le dije «Bueno, pues yo haré una serie de punteos en el original y se los pasaré a usted». Y me dijo: «No, no; los punteos que usted haga están bien...». Entonces, insisto, yo nunca he tenido tratos con políticos en cuanto políticos; puesto que yo no he estado nunca adscrito a un partido político, y esta casa, la Casa...

-¿Y no ha habido ofertas o tentaciones?

-Sí, sí, sí... Muchas veces. ¡Ofertas, sobre todo! Las ha habido antes y las ha ahora.

-Vamos con la Casa.

-Desde esta Casa no se tiene más que una ideología: la monárquica. Y como la monárquica es una ideología muy amplia, en la que caben muchas corrientes como está demostrando en este momento de una manera fehaciente el Rey, pues es una ideología flexible y, por tanto, liberal que es la

tradicción de esta Casa... Esta Casa, por ejemplo, en los tiempos de la monarquía anterior no fue nunca maurista: fue liberal. Y por eso -como contaré yo en Santillana este verano, porque se hace allí una exposición sobre Menéndez Pelayo y la Casa de Alba, en la Fundación Santillana- la Duquesa de Alba, la abuela de mi mujer, de Cayetana, pudo intervenir muy eficazmente -porque era Gamazo entonces el ministro- para que nombrasen director de la Biblioteca Nacional a Menéndez y Pelayo, en contra de una campaña de Prensa difamatoria que se había lanzado contra don Marcelino.

-¿Cómo ves tú la función de la aristocracia en los finales del siglo veinte? Si es que la tiene, claro.

-Yo pienso que la aristocracia como cuerpo social compacto no existe. Existen aristócratas y existen casas aristocráticas, que en el fondo son la permanencia viva de una tradición...

-Pero entre esos títulos hay algunos que obligan a más que otros. Concretamente éste de Alba.

-Este obliga a lo que obliga y otros obligan a otras cosas.

-No se puede ser Duque de Alba «impunemente», digámoslo así.

-No parece fácil.

-¿A ti te es muy difícil serlo?

-No, no. Tengo una persona al lado, que es mi mujer, que lo es desde que nació y que ha estado educada para serlo bien, para serlo inteligentemente, en la que naturalmente me apoyo y a la que pido constantemente consejo.

-Para ti el hecho de ser Duque de Alba supone que te caen encima de pronto 500 años del pasado.

-Algunos más...

-Bueno, pues 600. Eso en el tiempo. Y en el espacio, pasas de preocuparte de tu mundo a preocuparte además de El Carpio, del palacio de las Dueñas, de Monterrey, y ¡qué sé yo: de cuarenta mil cosas más! Se te amplía la responsabilidad en el tiempo y en el espacio.

-Sí. Pero es una responsabilidad, primero, compartida con mi mujer, y segundo con ejemplos inmediatos en la historia y en la cronología que son sumamente impor-

tantes, que es el ejemplo de mi suegro, como Duque de Alba, como importantísimo Duque de Alba, el ejemplo de Luis, el primer marido de Cayetana, como discretísimo y eficazísimo Duque de Alba..., en fin, creo que hay ahí ejemplos en los cuales uno se puede apoyar, aunque naturalmente hay que serlo hoy y no entonces.

-¿En qué consiste serlo hoy?

-En tener un sentimiento de responsabilidad por todo aquello que significa insertar en el futuro una tradición. Ni renunciar jamás a un ápice de la tradición, ni tampoco convertir a esta tradición en cartón piedra. Insertarla en perspectivas que no la anulen nunca, porque en el momento en que una perspectiva de futuro intente anular la tradición es que no es una perspectiva de futuro, es una perspectiva de mera improvisación. Dicho así un poco intelectualmente entre comillas, ¿no? Y bueno: yo tengo muchas más cosas que hacer ahora que cuando era soltero, evidentemente. Pero son cosas importantes. Restaurar Monterrey, por ejemplo, es una cosa importante.

-Hace tiempo me contabas que cuando nació Cayetana estaban en esta casa Ortega, Marañón y Pérez de Ayala. Es decir, que estaba aquí la «Agrupación al Servicio de la República» en una casa tan monárquica.

-Bueno. No estaba la «Agrupación al Servicio de la República». Estaban tres intelectuales importantes, que luego formaron la Agrupación...

-El que faltaba allí era Machado, que nació en Las Dueñas.

-Pero no olvidemos luego las evoluciones posteriores de las tres personas

## UN DUQUE CON GRAN GOETHE

en concreto, sobre todo la evolución de Marañón.

-Estaban cenando aquí, ¿no?

-Sí, estaban cenando. Y es Soledad Ortega, a la que tú has entrevistado, la que me ha contado que para ella la palabra «parto» estaba siempre asociada a Cayetana, porque Ortega volvió de Liria y volvió antes de lo acostumbrado, y doña Rosa le preguntó «¿Qué tal por Liria?», y don José le dijo: «Hemos estado de parto y ha sido una niña.» Y fue la primera vez que Soledad oyó la palabra parto.

-Tu suegro tenía mucha relación con los intelectuales.

-Sí.

-Pertenebió a varias Academias.

-Fue académico de las tres Academias y director de la de la Historia, durante muchos años. Fue académico, primero, de la de la Historia y director; después de Bellas Artes, y la última Academia en la que fue elegido fue la Lengua.

-Cuando se hizo el Instituto de España, en plena guerra, que vino Baroja de París, cuando el obispo o arzobispo -que lo cuenta también Julio Caro en «Las Baroja»- le preguntó aquello de «Usted ¿jura o promete?», a ver si pillaba a don Pio. Y el socarrón de don Pio respondió: «Yo, lo que sea costumbre.» Pues no recuerdo quien, porque fue hace muchos años, me contó que Baroja estaba antes en la puerta y pasaban unos y otros sin mirarlo o mirándolo con malos ojos (claro el año anterior había tenido casi que escapar por pies, y se salvó gracias al Duque de la Torre. Bueno; no sé si Carlos Martínez de Campos sería ya Duque de la Torre)...

-Sí, sí, claro, quizá no lo fuera en ese momento, quizá lo fuese su padre.

-Bueno, el hecho es que pasaron unos académicos y otros, porque eran muchísimos, pues el Instituto de España era de todas las Academias...

-¿Otro aristócrata, Carlos la Torre, que hace honor a su título, trabajador, inteligentísimo, un personaje de una honestidad...!

-Recuerdo sus artículos de «ABC».

-Fue un importante personaje que tuvo una gran influencia sobre el actual Rey.

-Sí... Entonces pasaban los académicos y todos mirándolo con desvío. Y llegó tu suegro, le cogió del brazo y le dijo algo así como «Baroja, entremos que se hace tarde», y allí ya no rechazó nadie.

-Eso me recuerda otra anécdota, muy parecida, aunque de ámbito más privado. Mi suegro había invitado a comer a Walter Starkie, que iba siempre vestido pues...

-De Walter Starkie.

-¿De Walter Starkie, claro! Por tanto, andrajoso, etcétera. Singularísimo personaje. Mi suegro tenía un gran afecto y enorme estima por él...

-Llevaría grasa, ceniza, encima...

-Grasa, ceniza y yo creo que hasta humo de vela... Entonces llegó aquí y llamó a la puerta, a la verja, y dijo que venía a comer con el Señor Duque. Entonces el portero llamó a la casa y dijo «Bueno, aquí hay un personaje que supongo que no hay que tomar en serio y se marchará en seguida, no será tan pesado, que dice que almuerza con el Señor Duque, eso no es posible...». Bien. El personaje no se marchaba a pesar de que le hacían constantes...

-Desvíos.

-Desvíos y ciertos enojos... Y ya, por fin, le pasan el aviso a mi suegro y le dicen «Mire usted que es que hay aquí un señor, muy raro, que dice que viene a comer con usted, y que está vestido de una manera extrañísima, sucio...». Y entonces mi suegro dice: «¡Por Dios, Starkie. Que pase!»

-¿En qué año estás en el colegio mayor César Carlos?

-Hay dos etapas. Hay una anterior a mi vuelta definitiva a España y luego los primeros años de mi vuelta a Madrid.

-El grupo del César Carlos ha sido muy importante, lo es, en la vida contemporánea española. ¿Quiénes estuvisteis? Tú, Raúl Morodo, Matías Cortés, García Añoberos...

-Elías Díaz, Manuel Olivencia, Pio Cabanillas, Gabriel Cañadas, luego hay muchísimos catedráticos...

-Pepe Vida Soria, por ejemplo.

-Fue rector.

-Jovencísimo sería rector.

-Sí, bueno lo éramos todos. Vida ahora tendrá 42 años, cinco menos que yo.

-¿Cuántos años estás en el César Carlos?

-Yo creo que son cuatro.

-Pío ya había salido.

-Sí. Ya era subsecretario de Fraga. Pero iban por allí.

-Pío fue subsecretario en 1962... Tú tienes gran amistad con Pío.

-Sí. Pío es una persona con la que es muy grato, por ejemplo, viajar; es un excelente compañero de viaje (no me estoy refiriendo a la política) sino al viaje de verdad. Y con el cual es muy agradable charlar, porque tiene sentido del humor.

-¿Y qué tal trabajar?

-Trabajar ya es más difícil. Porque como Pío suele expresarse a base de puntos suspensivos, hay que descifrarlos, corriendo el riesgo de descifrarlos mal.

-El dice, sobre todo, cuando no dice.

-Bueno, la gente piensa que esta manera de ser de Pío es una «pose», un disfraz... No, no; ¡es así!. Es su naturaleza. También la gente exagera. Pío tampoco se pasa el día intrigando, ¡no es verdad!

-Sólo medio día.

-O tres cuartos. Pero no. Es un hombre con su saber ser espontáneo y querer serlo. Lo que ocurre es que si a Pío un día le ven cruzar la Castellana, por ejemplo, y Pío va pues a tomar café con un amigo a la acera de enfrente, ya empiezan a pensar todos «¿Y qué hará Pío en la Castellana...?»... Nada. Cruzarla, para tomar café.

-Volvamos al César Carlos, ¿era colegio mayor de postgraduados?

-Era un colegio mayor de postgraduados, donde se ejercía una crítica interna feroz, que había que ir siempre con el paraguas abierto, donde se trabajaba mucho, intelectualmente cada uno en su carrera y en su especialidad, y donde se vivía con enorme modestia, enorme modestia económica, y un poco como en una obra de Benavente que se llama «La escuela de las princesas». Un poco el «César» era eso. Lo que ocurre, claro, es que como gracias a Dios pues príncipes en España no hay más que uno que es el de Asturias, pues había que rebajar los humos y entonces pues se han quedado en ministros, en subsecretarios, en diplomáticos, en catedráticos, en gente realmente importante, ¿no? Habría que hacer la historia del César Carlos. Son muchas etapas, pero se mantenía un espíritu de continuidad incluso en la diaria pelea que había constantemente en el colegio. Constante. Era agudísima la lengua de todos y cada uno de los colegiales. Sin embargo, es curioso, incluso colegiales que se enfrentaban, que nos enfrentábamos unos con otros, después en la calle, en la vida social, en la vida profesional, siempre con una persona del César Carlos tienes ya medio camino ganados, cuando tienes que tratar con él, aunque te hubieses llevado mal.

-Había casi espíritu de cuerpo, digamos.

-Sí, aunque te hubieses llevado mal.

-Vamos a terminar: ¿Eres optimista o pesimista respecto al futuro español?

-Desde luego no soy desencantado. El desencanto es una figura más del consumo. No soy optimista ni pesimista, porque tengo que ser esperanzado. ■ V.M.R. (Fotos Ramón Rodríguez y Archivo).